LA ESCRITURA IBERICA

Sobre este asunto, problemático aún, se viene trabajando por eruditos, así españoles como extranjeros, desde el siglo XVI con Fulvio Ursino y don Antonio Agustín, tomando por guía los alfabetos conocidos: primero, el griego y el rúnico; después el hebreo y el fenicio y aun los helénicos, con acopio enorme de doctrina y un desconcierto absoluto en sus conclusiones. Todavía, en pleno siglo XIX hubo desvaríos, como el del sueco Lorichs, y retrocesos, como el de Boudard, hasta llegarse a don Antonio Delgado, que en 1857 empezó a poner orden en aquel caos de ocurrencias, trabajando exclusivamente, como todos, sobre el acervo numismático [1].

El fijó correspondencias geográficas acertadas y propuso un sistema de lectura para los epígrafes monetales,

[1] F. Ursino, *Familiae romanae quae reperiuntur in antiquis numismatis*, Roma, 1577. — A. Agustín, *Diálogos de medallas*, Tarragona, 1587. — L. J. Velázquez, *Ensayo sobre los alfabetos de letras desconocidas*, Madrid, 1752. — Fr. E. Flórez, *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*, Madrid, 1757-1773. — D. Sestini, *Descrizione delle medaglie ispane*, Firenze, 1818. — C. L. Grotefend, *Zur Entzifferung kelt-iberiscer Muntzlegend*, Hannover, 1844. — L. F. de Saulcy, *Essai de clasification des monnaies autonomes de l'Espagne*, Metz, 1844. — G. D. de Lorichs, *Recherches numismatiques*, París, 1852. — P. A. Boudard, *Essai sur la numismatique iberienne*, París, 1859. — A. Delgado, *Catalogue des monnaies... de... Lorichs*, Madrid, 1857. — Idem, *Nuevo método de clasificación de las monedas autónomas españolas*, Sevilla, 1871-1876.

que fué aceptado, sin desviación casi, por sus discípulos Heiss, Zóbel, Berlanga y Pujol. Luego, Hübner, en sus *Monumenta linguae ibericae* (1893), de acuerdo con ellos, recogió todo el material conocido, incluso las inscripciones, con más amplio y puntual desarrollo de la tesis misma [1]. Después hubo por novedades, desentenderse don Antonio Vives del problema en las leyendas monetales; un arranque de vasquismo, a cargo de don Julio Cejador en obra póstuma lamentable; teorías gramaticales, por Schuchardt, precipitadas, y una reciente disquisición, por el doctor Schulten, sobre el tópico de los tursa, tirrenos y túrdulo-tartesios, en busca de solución lingüística definitiva, entre vacilaciones que acreditan la buena fe del autor; pero sin consecuencias, pues no basta escalonar afirmaciones, frente a lo deleznable de la argumentación técnica [2]. En el terreno preciso del alfabeto seguía todo según lo dejó Delgado, hasta que en 1922 publiqué un atisbo de sistema algo diferente para la interpretación de los textos monetales, ampliado sin comentario ni explicaciones en 1925, y aceptado por beneméritos eruditos, especialmente el inglés sir George Hill, don Pío Beltrán y el catedrático don J. Ferrandis. Ahora cumple exponer la teoría en sus bases y con el desarrollo complementario que parece afianzarla [3].

[1] Aloiss Heiss, *Description générale des monnaies antiques de l'Espagne*, París, 1870. — Jacobo Zóbel de Zangróniz, *Estudio histórico de la moneda antigua española*, Madrid, 1878-1880. — Manuel Rodríguez de Berlanga, *Los bronces de Láscuta, Bonanza y Villustrel*, Málaga, 1881-1884. — Celestino Pujol y Camps, *Epigrafía numismática ibérica*, Barcelona, 1890. — Emilio Hübner, *Monumenta linguae ibericae*, Berlín, 1893.

[2] A. Vives, *La moneda hispánica*, Madrid, 1926. — J. Cejador, *Ibérica I: Alfabeto e inscripciones ibéricas*, Barcelona, 1926. — H. Schuchardt, *Die Iberische Deklination*, Wien, 1907. — A. Schulten, *Los Tirrenos en España*, Barcelona, 1940.

[3] G.-M., *De epigrafía ibérica; el plomo de Alcoy*, Madrid, 1922. — Idem, *Sobre los iberos y su lengua*, Madrid, 1925. — George F. Hill, *Notes on the ancient Coinage of Hispania Citerior*, New York, 1931. — Pío Beltrán Villagrasa, *Notas sobre el estudio de las*

Cuando empezaron a interesarme estas cuestiones, en muy verdes años, sólo tenía a mano los libros de Delgado y Berlanga, que no me suscitaron conflictos por inexperiencia y falta de base documental. Otra cosa fué ante la obra de Hübner, cuyo estudio me soliviantó en grande, y traté de asimilar su doctrina, adaptándola al completo acopio de materiales adjuntos. Fué entonces cuando, a pesar del afecto que al autor me ligaba, empecé a desviarme, acabando por creer que todo su aparato sobre iberismo era problema de método admirable sobre un fondo desmedrado e inseguro.

Me di a remover este fondo de cualquier modo, pero valorando los datos que me parecían útiles. Luego, sobrevino una idea; púsela a prueba y obtuve una solución, no de pronto aceptada, pues mi desconfianza era grande, sino al cabo de años y años, cuando investigaciones de afuera y mucha documentación nueva daban cierta garantía, que ha ido reforzándose, resultando ineficaces mis intentos en sentido contrario; o sea para destruir la hipótesis que a tanteo formulara. Fué base para ella el haber aprendido por el Curtius, cuando estudiaba griego, la distribución de letras en vocales, consonantes mudas y semivocales, categorías estas últimas a que ahora se da nombre de oclusivas y continuas. Recordándola y apercibido por Hübner de caracteres ibéricos equivalentes a sílabas, aunque él los reputara nexos, induje metodizar el caso con sujeción a uno de los antedichos grupos, que fué el de mudas u oclusivas precisamente.

Lo ya averiguado y firme de correspondencias fonéticas, descubría en lo ibérico las cinco vocales nuestras, y también seis consonantes continuas, o sea *l, r, m, n* y dos *s*. Quedaban las letras oclusivas, que se subdividen

inscripciones ibéricas en cerámicas de San Miguel (Liria), Valencia, 1935. — Idem, *Sobre un interesante vaso escrito de San Miguel de Liria*, Valencia, 1942. — José Ferrandis Torres, *La moneda hispánica*, Barcelona, 1929. — Ahora también: Julio Caro Baroja, *Observaciones sobre la hipótesis del vascoiberismo*, Madrid, 1942-1943.

en labiales, dentales y guturales, y ellas en débiles y fuertes, o sea sonoras y sordas, eliminando, desde luego, sus aspiradas por no descubrírselas en lo ibérico. Residía en esta agrupación lo arduo del problema y piedra de toque al intentar su valoración razonablemente. El método en vigor no me satisfacía; sobraban muchas letras. En cambio, para constituirlas a mi modo en signos silábicos eran precisas treinta, y aunque en realidad sólo aparecía una mitad en lo ibérico, podía ello deberse a quedar inapreciada la diferencia entre sonoras y sordas.

Al fin, la solución se impuso por este camino, al observar que cada signo de los reputados silábicos excluía tras de sí su propia vocal, distinguiéndose de las letras continuas o semivocales en no poderle preceder una de éstas en principio de palabra, salvo excepciones mínimas. La comprobación *a priori* del sistema organizado así, radica en lo legible que resulta todo texto y, por contraprueba, lo ilegible de los falsos. Asimismo, en la comparación de los escritos ibéricos con otros tales en alfabetos griego y latino, ya tocante a monedas, como se venía ensayando, ya también sobre las inscripciones.

Para entrar a fondo en el asunto, hemos de partir de estas dos hipótesis: La escritura ibérica del NE. peninsular procede de la tartesia del sur. Esta, a su vez, nació de lo oriental mediterráneo directamente, en cuanto puede rastrearse hoy, por delante del alfabeto fenicio y de todos los europeos.

La primera de estas afirmaciones se basa en los pujantes fenómenos de primitivismo tartesio. Corresponde su cultura al mediodía peninsular, con límites en el Segura, hacia levante, y la desembocadura del Tajo, a poniente. Quedaban al norte grupos célticos en la Beturia, otros celtibéricos y ligúricos en la meseta central, y lo ibérico en todo el NE. hasta Aquitania. Abajo, en la Tartéside, una organización indígena potente, a la que luego aludiremos, entre influjos fenicio-púnicos y relaciones africanas, que tal vez perturban su fisonomía propia. En la

zona oriental ibérica, penetraciones griegas arcaicas muy ostensibles, avivando un estado embrionario de escaso relieve y pobremente documentado. Su evolución arranca de las colonias del litoral: el plomo de Alcoy, escrito en lengua ibérica con alfabeto jónico del siglo V a. C., testifica el susodicho predominio; mas luego reaccionó lo indígena con su escritura propia ibérica, tal vez en las acuñaciones monetales de Sagunto y del territorio emporitano, hacia el siglo III a. C., y este iberismo se corrió hacia poniente por la Celtiberia, tocando a los cántabros en la cuenca alta del Duero, regiones donde el uso de aquella misma escritura corresponde al período que removió la conquista romana, quizá como síntoma de repulsa contra ésta [1].

Entendemos por tartésico el alfabeto meridional, sin discernir, por ahora, si responde a una habla única; pero es el empleado en las losas tumulares del Algarbe portugués; monedas autónomas y en especial las obulconenses; el canto rodado de Alcalá del Río, perdido; la estela de Estepa, insignificante; el plomo de Gádor, varios cuencos de plata y alguna tesera; los platos de Abengibre, inéditos; el plomo de Mogente, el de Albaida y un fragmento de otro, más el grafito del Salobral, casi inéditos también, circunstancia ésta a la que se añaden graves deficiencias en lo ya publicado [2]. Tratar aquí de remediarlo haría desviarnos del tema, que se ciñe a la estricta valoración de signos, reservando para un libro la presentación y crítica de los aludidos textos, que ha de basarse en garantías de fijeza sobre lo propiamente ibérico, más documentado y de fá-

[1] G.-M., Artículos citados, en *Revista de filología española*, 1922, y *Homenaje a Menéndez Pidal*, III, 1925. — Idem, *Notas sobre numismática hispana*, en *Homenaje a Mélida*, II, 1934.

[2] Hübner, *ob. cit.* — *O archeologo portugues*, III, V, XXVIII. — R. de Berlanga, *Catálogo del Museo Loringiano*, Málaga, 1903. — Ballester-Pericot, *Archivo de prehistoria levantina*, I, 1928. — J. de C. Serra-Lafols, *Noves inscriptions ibériques*, en *Anuari de l'I. d'E. Catalans*, 1927-1931. — P. Paris, *Antiquités ibériques du Salobral*, en *Bulletin Hispanique*, 1906.

cil comprobación con los datos que ahora vamos desentrañando.

Caracteriza lo del Algarbe el trazarse formando espirales, disposición verosímilmente anterior a la bustrófeda; mas, por regla general, la escritura tartesia avanza de derecha a izquierda y sin separación de palabras, si bien tardíamente en el territorio levantino se marca ésta con rayas verticales o puntos enfilados; pocos letreros van en sentido contrario, o sea hacia la derecha, y probablemente su empleo, como el de la lengua indígena, no traspasó los límites de la colonización romana. El número de signos alcanza a unos treinta, bastante complicados de forma; se trazaban sin primor alguno, salvo en las monedas, y con variantes que acreditan una elaboración trabajosa y focos diversos de cultura. Entre ellos, el levantino hubo de cristalizar en el sistema ibérico, que procede siempre de izquierda a derecha, con puntos entre las palabras y algo de contaminaciones griegas probables; datos que acreditan posterioridad, así como la sistematización de sus signos arguye tal vez una iniciativa muy localizada y artificiosa. Fenecería su empleo bajo Augusto, a los comienzos del imperio.

Respecto de la segunda hipótesis, que toca a la antigüedad y formación de la escritura tartesia, para justificarla procede investigar en síntesis el problema de orígenes.

Hasta el siglo actual creíase que la invención de la escritura fonética se debió a los fenicios, y era natural referir a su alfabeto los demás, según quedaba averiguado respecto de los helénicos, etrusco, latino y rúnico. Sólo se vislumbraban precedentes en los signos fonéticos que acompañan a la ideografía en la escritura egipcia. Después, felices exploraciones vienen complicando el acervo documental por todo el oriente próximo, y ya sabemos de las marcas de alfarería egipcias, trascendiendo a lo egeo; de lo minoico en Creta, y de lo similar en Chipre (Encomi) con su posterior silabario; de los letreros paleosinaíticos, de los jeroglíficos hititas, como primera expresión indoeuropea, y hasta de un alfabeto semítico primitivo en

Ugarit (Ras-Šamra). Todo ello, un cúmulo enorme de doctrina y un laberinto cada vez mayor de hipótesis, cuya unificación en teoría convergente no se alcanza [1].

Estudiando las lenguas conocidas orientales y su escritura destácase, respecto de lo nuestro, un hecho negativo: aquellas lenguas misteriosas parece inútil tratar de concertarlas con la ibérica, y convienen todos en su divergencia respecto de las semíticas e indoeuropeas. Por otro lado, un dato perfectamente comprobable: la escritura ibero-tartesia encaja por completo en el cuadro de signos lineales de allá, en uso durante el segundo milenario a. C. por todo el mundo egeo, al margen de las escrituras jeroglíficas y más o menos ligadas a ellos; pero, faltando base de criterio para reconocer sus valores fonéticos, el cotejo con lo nuestro no pasa del área exclusivamente formal, salvo en la parte de los mismos que recogió el alfabeto fenicio.

Concretándonos a éste, ya pasó la ilusión de un origen directo egipcio; ya se tambalea la teoría posterior de su inspiración en lo egeo, ante otra con miras a lo sinaítico, no descifrado, aunque seguramente nació de los jeroglíficos egipcios hacia comienzos de la dinastía XVIII (siglo XV a. C.). Consta de unos veintidós signos, que casi en su mitad responden bien a nombres de letras fenicios, atendiendo a la forma, y aun ventajosamente respecto a lo que enseñan en este mismo sentido los signos fenicios, tan esquemáticos [2].

Hasta hay pocos años no pasaba del siglo IX a. C. el más antiguo alfabeto conocido fenicio, en la estela moabi-

[1] G. Maspero, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, París, 1904. — A. Mosso, *Escursioni nel Mediterraneo*, Milano, 1910. — R. Dussaud, *Les civilisations prehelléniques*, París, 1914. — H. Th. Bossert, *Alt Kreta*, Berlín, 1921. — G. Glotz, *La civilización egea* (traducción), Barcelona, 1926. — G. Contenau, *Manuel d'archéologie orientale*, París, 1927-1931. — H. Jensen, *Geschichte der Schrift*, Hannover, 1925, etc.

[2] F. de Rougé, *Mémoire sur l'origine égyptienne de l'alphabet phénicien*, 1874. — J. Leibovitch, *Les inscriptions protosinaïtiques*, Le Caire, 1934.

ta de Mesa; mas luego aparecieron otros en Byblos, y con preferencia en antigüedad el epitafio de Ahiram, cuya tumba suministró vasos con el nombre de Ramses II, que permitían retrotraer en cuatro siglos la tal escritura [1]. Con esto una doble complicación, pues entre los alfabetos de Byblos y de Mesa, casi iguales, tal lapso de tiempo parece inverosímil, y si ya en el siglo XIII estaba fijada la escritura fenicia, no es fácil ver un precedente suyo, que había de ser muy lejano, en los letreros del Sinaí. Aun se complica ello con el más reciente descubrimiento en Ras-Šamra, al norte de Siria, límite entre fenicios y hititas, de un alfabeto original, si bien con aspecto cuneiforme, que se escribe de izquierda a derecha con 26 signos, abundante en vocales y a servicio de una lengua semítica que se reputa cananea. Ello entre los siglos XIV a XIII a. C., en tanto que los reyes vecinos de Byblos sostenían correspondencia en escritura caldea con los faraones [2].

Tras esta barahunda de novedades aparecen los alfabetos propiamente helénicos con sus derivaciones en Italia. Antes creíase evidente que todo provenía del fenicio, y, desde luego, el alfabeto de Tera confirma su paralelismo. Ahora surgen dudas; pues, aunque entre sí la comunidad de origen es indudable, hay precedentes micénicos e inscripciones del Asia Menor, especialmente en Caria y Licia, con letras que, apartándose de lo fenicio y jónico, atestiguan influjos extraños. Ello abre la sospecha de si en las costas del Egeo se habría fraguado la estructura de ambos alfabetos, fenicio y helénico, a la par y justificando la tradición de un origen cretense recogida con plena verosimilitud por Diodoro Sículo [3].

[1] G. Contenau, *La civilisation phénicienne*, París, 1926. — P. Montet, *Byblos et l'Egypte*, París, 1930. — P. Dhorme, *Langues et écritures sémitiques*, París, 1930. — R. Weill, *La Phénicie et l'Asie occidentale*, París, 1939. — *Syria*, V, 135.

[2] Estudios de Montet, Dussaud, Dhorme y Virolleaud en *Syria*, V en adelante.

[3] «Contra los que dicen que los sirios son los inventores de las letras y que los fenicios, que de ellos las aprendieron, se las trasmi-

Todo lo anterior, o sea la crítica comparativa entre alfabetos, es problema que no alcanza al fondo del asunto. Este gira entre Egipto, el Asia occidental y Creta, con sus respectivas escrituras evolucionando de lo jeroglífico a lo silábico. En Egipto, ambos sistemas, y aun con letras sueltas, combinados; en Creta lo ideográfico trocado por signos lineales; en Asia un hervidero de iniciativas, prevaleciendo sobre los jeroglíficos hititas y los silabarios cuneiformes; luego, influjos mutuos posibles, aunque no claros ni probados; a lo último, sus derivaciones. Indudables, de lo egipcio a lo sinaítico, callejón sin salida por hoy; verosimilitud, tampoco probada, de que los israelitas en su Exodo, hacia el siglo XV a. C., llevasen a tierra de Canaán un sistema de escritura basado en el egipcio, que constituyese un protoalfabeto semítico. Para adjudicarles lo del Sinaí faltan datos, y la inscripción de la fuente de Siloe, tan avanzada (fines del siglo VIII) y tan fenicia, no vale para comprobar el caso. Al margen y bien extraño se nos ofrece el alfabeto cuneiforme de Ugarit, inspirado en la escritura asiria, de la que luego salió el alfabeto aquemenida, pudiendo aquél haber influído en la organización del fenicio, trocados unos signos por otros, o sea lo cuneiforme por lo lineal geométrico. Volvemos así al punto de partida: esto último ¿de dónde arranca?

Posible será algo de respuesta cuando alcancemos a saber la valoración fonética de los signos cretenses, descubrimiento que se espera de día en día [1]. Mientras tanto, sólo declarar la ineficacia de las tentativas hechas para deducir los signos fenicios de los fonogramas egipcios; pues, aun

tieron a los griegos — estos fenicios son los que navegaron con Cadmo a Europa — y por esto los griegos llaman fenicias a las letras, dicen [los cretenses] que los fenicios no fueron los primeros inventores, sino sólo que cambiaron la forma de las letras, y de esta escritura se sirven la mayoría de los hombres, y por eso recibió la escritura el nombre dicho.» *Diod.*, V, 74. (Trad. A. Tovar.)

[1] Los ensayos en este sentido, por Persson (*Schrift und Sprache in Alt-Kreta:* 1930) y por Hrozny (*Kretas und Vorgriechenlands Inschriften:* 1943) resultan quizá ineficaces.

fracasado el primer intento, el de Rougé, queda firme el no adaptarse estos últimos, en su doble aspecto de forma y valor, a los nombres fenicio-hebreos de las letras. Por consecuencia, uno de los términos del problema resulta negativo; queda el otro en pie, lo minoico. De origen cretense eran los filisteos, que ocuparon el litoral de Palestina bajo Ramses III, a principios del siglo XII; tarde ya para influir en lo fenicio. Antes pudo Chipre ser puente entre Creta y Fenicia. Aquí lo de Byblos, tan complejo; en Chipre los descubrimientos de Encomi atestiguan el uso de una escritura, derivación de la minoica y originaria a su vez de un silabario con 54 signos, aplicado a lenguaje de tipo desconocido primero, y a un dialecto arcádico después; mas su cotejo con el alfabeto fenicio casi nada enseña de positivo. Por aquí tampoco se vislumbra la solución.

Hay otro punto de mira más despejado y simplista. Son las marcas grabadas en ciertas vasijas, para señalar lo propio de cada alfarero, que abundan en Abydos bajo la 1ª dinastía egipcia, continuando en la XII (Kahun y en la XVIII (Gurob), y mantenidas con cierta amplitud en los *ostraca* o tiestos escritos, bajo la XIX. Aun se les atribuye antigüedad mayor, predinástica, viéndolas en la cerámica del cementerio de Nagada, Nilo arriba; pero, al darse cabida entre sus marcas al signo representativo de los reyes del Bajo Egipto, acredítase la otra hipótesis que hace coetáneas de las primeras dinastías aquellas necrópolis escalonadas en los confines del Alto Egipto, reveladoras de una población prehistórica, de libios quizá, evolucionando al contacto con la cultura de Hieracónpolis y Abydos [1].

Dichos alfareros, seguramente indígenas, viendo la escritura jeroglífica en estos primeros focos del maravilloso despertar faraónico, se apropiaron de ella ciertos signos y añadieron otros a capricho, para expresar su personalidad, como luego los canteros medievales marcaban sus silla-

[1] W. M. Flinders Petrie, *Naqada and Ballas*, London, 1896. — Idem, *The Royal Tombs*, 1901. — Idem, *The formation of the Alphabet*, 1912.—A. J. Evans, *Scripta Minoa*, Oxford, 1909.—J. Sundwald, *Die Kretische linearschrift*, Berlín, 1915.

res con signos, que suelen ser letras. Dichas marcas egipcias tienen aspecto geométrico, y aunque algunas pueden explicarse como esquemas de realidades físicas, no encajan, al parecer, en el cuadro de ideogramas, que constituyen la escritura oficial egipcia. Tomando ejemplo de ésta, las marcas podían representar sonidos, palabras, y así estar en condiciones de desarrollo entre gentes iletradas, entre la clase industrial, que tan ingeniosas creaciones de arte produjo, colaborando en ello egipcios y cretenses bajo la dinastía XVIII, según consta.

Pudo entonces constituirse un nuevo sistema de escritura, a base de las mismas, para consignar ideas simples; pasar a Creta cuando se reedificaban los palacios de Cnosos, aplicada a relaciones de contabilidad en losetas de barro, con ciertas complicaciones gráficas, y así erigirse en instrumento literario, humilde rival de los antiguos y complicadísimos sistemas con que la clase dirigente se entendía por escrito. Aquellos mismos signos aparecen difundidos por las islas y costas del Egeo; de Creta pasan a Chipre, resolviéndose en el silabario a que arriba se aludió; por otra parte los fenicios, con sentido práctico de negociantes, sacarían de aquellos mismos signos su alfabeto; a la par, la población helénica, el de Tera, y quizá también los libios de Africa el suyo, más desviado. Llegamos ahora a lo nuestro: Precisamente al abordar Flinders Petrie, con Evans, el problema de la escritura lineal, apoyaba su argumentación contra la tesis fenicia en el desconcertante arcaísmo del alfabeto ibérico; y aunque ello quedara perdido, al desentenderse Dussaud de su estudio, ya es hora de revalidarlo como factor esencial, acaso, para la solución de tan arduo problema.

En efecto, ateniéndonos con preferencia a la escritura nuestra más vetusta, la tartesia, resulta que su totalidad puede rastrearse, y a veces con variantes felices, en lo susodicho lineal de Egipto, Creta y Chipre, aunque no con tal fijeza que se logre reconocer lo nuestro como trasunto exacto de ninguna escritura oriental, y ello desde el punto de vista gráfico tan sólo. En relación con lo fenicio ha-

llamos que, de los treinta signos ibéricos, falta casi una mitad en su alfabeto (𐌀𐌷𐌴𐌰𐌰𐌺𐌹𐌼𐌽𐌾𐌿𐌡𐌢𐌣); al contrario, unos nueve carecen de correspondencia tartesia fonéticamente, o bien presentan gran divergencia de formas (𐌹𐌻𐌷𐌾𐌺𐌻𐌹𐌽𐌿). Tocante al alfabeto helénico, lo que resulta original, o sea sus vocales, aparece diversamente organizado en lo ibérico, y bajo formas tan primitivas que excluyen la posibilidad de que sea posterior a lo helénico más vetusto. Ya en Tera la *i* aparece simplificada en definitiva; su *o*, trasunto del *ain* fenicio, tiene forma de *vau* aproximada en lo ibérico; la *e* tartesia no concierta sino con un signo cretense y lo mismo nuestra *u;* al contrario, en la *a* coinciden, separándose del tipo fenicio primordial. Concretando más reconócese que nuestra *i*, 𐌹, obliga a postergar todos los alfabetos de tipo helénico y libio, donde este signo queda en 𐌶, 𐌻. Lo mismo respecto del alfabeto fenicio, atendiendo a las *e, u:* 𐌷, 𐌿. Por consecuencia, es obligado el supuesto de que los alfabetos ibéricos son los más arcaicos de tipo lineal hoy reconocibles.

Otra comprobación de lo mismo se infiere por el número de letras. Lo cretense da de sí unas 75; el silabario chipriota, 54; el disco de Festos, 45; lo aqueménida, silábico en parte, 36; el alfabeto de Ugarit, unos 26; el paleosinaítico, unos 24; el fenicio, 22; el helénico primitivo, 18 a 22, y el etrusco e itálicos de 17 a 20. Frente a ellos el tartesio-ibérico alcanza a unos 29, resultando así entre los silabarios y los alfabetos. Ahora bien, para verter lo ibérico en letra griega o latina sólo se emplearon 15 o 16 signos, y nuestras hablas peninsulares pueden reducirse a pocos más de 20 sonidos, aumento explicable por faltar en lo ibérico *f, h, j, x, z* e invalidarse los de *ch, ll, ñ*. Infiérese de todo ello que el alfabeto ibérico excede casi en un doble a la cantidad de signos empleados para transcribir la misma lengua, y muy por encima de los sonidos fundamentales nuestros. Recuérdese ahora lo dicho, tocante a silabismo parcial en la escritura ibérica, y tendremos bien explicado el fenómeno.

Procedamos a estudiar, en cuanto a su valoración, los signos ibéricos, ateniéndonos a transcripciones que acusan correspondencias fonéticas más o menos seguras, y ello sobre las monedas que ofrecen indicios de repetir en latín su leyenda ibérica [1]. Mediante esta labor ha sido posible ir definiendo las cinco vocales: *i*, en las de Ilerda, Gili y Bílbilis, *a*, en Saétabi; *e*, en Segóbriga; *u*, en Ercávica, Úxama; *o*, en Lauro, Íluro, fijaciones a que algo he contribuído. Antes y más fácilmente se reconocieron las consonantes continuas: *l*, en Gili, Ilerda, Bílbilis; *r*, en Ilerda, Ercávica, Lauro; *n*, en Nertóbriga, Contrebia; *m*, en Tamusia, Úxama; *s*, en Saétabi, Segóbriga; otra *s*, en Turiaso, Celsa. Hubo comprobación para casi todo esto en el alfabeto fenicio; además, su enlace con las vocales resulta normal, leyéndose Lauro, Usamus, Samala, Arse, Alaun, Virovias, Orosis, Ner, maniu, musia, riasu, etc. Van desechadas implícitamente aquellas concordancias que juzgo erróneas, por cuanto asimilan a sonidos de éstos, otros signos dispares.

Los restantes, unos 16, no llevan generalmente vocal detrás, salvado en hipótesis lo que pudieran ser diptongos, y ello me hizo creer que deberían constituir grupo especial, dentro de una misma categoría fonética. Pasando luego revista a los sonidos nuestros no incluídos en las transcripciones anteriores, salieron todas las consonantes mudas u oclusivas, sin sus aspiradas ni la *p*, que no entraban, al parecer, en lo ibérico. Quedan, pues, cinco sonidos, a saber: *b*, *t*, *d*, *k*, *g* suave y no más: cinco para los susodichos 16 signos.

Venía siendo recurso obligado entre los eruditos la hipótesis de que, para hacerlos sonar, imponíase la intercalación, más o menos a capricho, de vocales, según el ejemplo de las escrituras semíticas. Así quedaba despejada una fase del problema; pero, además, procedióse resueltamente a prodigar signos homófonos para reducir la totali-

[1] A. Delgado, *Nuevo método...* — Hübner, *Monumenta...* — A. Vives, *La moneda hispánica*, etc.

dad del alfabeto ibérico a solos veinte de los fenicios, que generalmente se estimaron como generadores en absoluto de los nuestros, con exclusión de *bet* y *samec*. Diéronse, por consecuencia, como equivalentes signos variadísimos sin otra justificación, cuando más, que cierta analogía de forma, descuidando estudiar su empleo y la teoría sana de no considerar homófonos los que coinciden en un mismo texto. Así producíase tal enredo, que era evidente peligro para todo el sistema, sujeto a continuos renuncios. Basta una ojeada sobre las tablas alfabéticas que compusieron Delgado y Berlanga, y especialmente la de Hübner, último intérprete acreditado suyo, para advertirlo.

Una novedad, sin embargo, acogió el gran epigrafista, y fué dar cabida a tres signos, estimados como nexos, con valor silábico: *ca, ce, du*. Buena solución, aunque parcial, y además desvirtuada; porque, estudiando su presencia en los textos, el trazo que se suponía denunciador de la ligazón constituye una simple variante. Con todo, no dejaba de acertar Hübner; pues uno de los signos, Λ, siempre suena *ca:* Caiscata, Ercávica, Calagórigos, Secaisa, Iaca; otro, ⊿, suena *du* o *tu,* precisamente: Turiasu, Ílduro, y el ⋖ vale por *ce:* Celse, Undicescen, Cese, Arcedurgi, etc.

Desechada la idea de nexos, pero acreditada la fijeza de vocal tras de estos signos, procedimos a generalizar la prueba con los restantes similares. Así es como X resulta valer *ta* o *da* en Tamusia, Damaniu, Iltirda (Ilerda). El Ψ va bien por *ti* o *di:* Undicescen (Indicetes), Titiacos, Segotias. El signo ⧖ se resuelve por *go* o *co,* en Segóbrices, Calagórigos, Conterbia, Segotias, Taracon. El ⊢ sonaba *bi:* Bílbilis, Cárbica, Conterbia. El ⅃ vale por *gi:* Gili, Segia, Segisanos. El ⅢI es *to* o *tu:* Nertobis, Baítulo. El I es *ba:* Baítulo, Bascones, Barceno, Basti. El □ es *bu*, en Bursau. El ⊙ es *co, cu,* en Bascones, Cueliogos. El ⅄ será *be,* en Beligion, Belaiscon. El ⦶ será *te,* en Conterbia. El ⋇ será *bo,* en Bolscan, Bornescon. El ⊕, *tu,* en Tuitiagos. Para estos últimos signos, de uso muy restringido, las pruebas en su apoyo son algo convencionales y habremos de reforzarlas después con otros argumentos. Lo anterior-

mente admitido con algo de acierto fueron los tres supuestos nexos, ideados por Zóbel, juntamente con el ⧖ por *go, co;* la fugaz sospecha de □ por *bo,* en Delgado, y la valoración consonántica simple para ⊢, X, ⊙, ⊕, ⊔, más la de |, vislumbrada únicamente por Heiss. El resto creo que me corresponde, y no hay para qué hablar de las asimilaciones a estos mismos sonidos de otros signos, desechadas por incompatibles.

Añádase un nuevo tipo de concordancias no visto antes: la palabra *sacariscer,* claramente leída en un plomo inédito de Liria, donde entran dos de estas letras, ⋀, ⋖, coincide con el *sakarisker* del de Alcoy, en letra griega; *sacal iscer,* en moneda latina de Cástulo; un *sacarbisca* del plomo de Mogente, tartesio; *sacaril...,* en piedra de Tarragona; el *isceraten,* en moneda de Obulco, e *iscerbeles,* en otra emporitana. Un *iumstir,* en Liria, será el *iunstir* de Alcoy. Un *basertu,* en Liria, concierta con los *basirtir, baserokei, baserokar* de Alcoy. Aquí mismo, *arnai,* emparejando con *arnoia* en el grafito tartesio del Salobral. Una moneda de Ampurias dice *atabels tiberi,* aludiendo a Tiberio acaso, y una piedra de allí mismo da un *...ci cornel...* que trasparenta Luci Corneli, y un *...inti tan...,* convidando a suplir Quinti Tanpili .[1]

Todo lo arriba dicho es empírico, y así, empíricamente, viene tratado este asunto. Pero si la escritura, en sus orígenes pictográficos, se desarrollaba por intuición, a gusto de cualquiera, cuando se pasó de la fase jeroglífica a la fonética, hubo que proceder razonablemente, por cálculo, entre personas selectas y para su uso exclusivo. Solamente en una sociedad democrática como Grecia la educación literaria llegó a ser popular, ostentándose en inscripciones y libros. Antes la escritura, producto de aristocracia, quedaría como algo hermético y aun misterioso; quizá su falta de divulgación traiga para nosotros la pérdida de ciclos enteros en que se la emplease, y esta elaboración erudita

[1] *Bol. Acad. Hist.,* 1900, p. 499.

daría a cada pueblo culto su sistema propio, a tenor del carácter de la lengua precisamente.

Así, en las de voces monosilábicas, el silabismo fué expresión gráfica persistente, como aun se mantiene exagerado en China. El cariz fonético de otras lenguas, más complicadas en su modulación oral, exigía combinaciones mediante signos silábicos, una vez desechada la ideografía: así, las escrituras sumerio-caldea y cretense en sus últimos períodos, el artificioso silabario de Chipre y aun el alfabeto de Ugarit. Pero las lenguas semíticas, de raíces articuladas, valoraron los sonidos en forma elemental, desatendiendo la ligazón entre ellos, obligada, pero en cierto modo accidental para la interpretación de ideas. Esta recibía sus determinaciones complementarias mediante agregación de otras articulaciones, sobre las tres que constituían la idea fundamental, palabra-raíz del lenguaje. En otros términos: lo que nosotros apreciamos claramente en concepto de vocales, para el semita es un simple eco sometido a las consonantes y determinado por ellas con arreglo a su composición, ayudándose con variedad de sonidos aspirados que enriquecen su fonética.

Prodújose así el alfabeto fenicio con 22 letras. Pero de estas 22 articulaciones, fuertemente matizadas en los senos bucales más profundos, los pueblos que llamaríamos jaféticos, por contraposición, arios y mediterráneos, no reconocían en su habla aquellas aspiraciones, y les era esencial, en cambio, cierta sonoridad, complemento fijo de las raíces monosilábicas. Su consecuencia fué la expresión de sonidos vocales, con cierta equivalencia respecto de las consonantes y que habían de constituirse en signos. Así nacieron los alfabetos helénicos, recibidos en Asia Menor y en toda Europa, excepto en nuestra Península.

La lengua ibérica, la fonética nuestra nativa, tiene por característica una gran claridad de sonidos, sin nasalismo, sin aspiraciones. Testimonio de ello la lengua vasca; y sentado este hecho, no volveremos a hablar de ella, para descartarnos de cuantas ideas pudieran juzgarse premeditadas y parciales. Valoramos el iberismo por sí, en sus tes-

timonios directos e incontestables; la vascofilia integrista puede mantenerse encastillada en lo suyo.

Qué relación hubiera entre las hablas egeas y la ibérica parece rastrearse en sentido negativo. Estudiando las inscripciones eteocretenses, escritas en alfabeto helénico, aunque todavía indescifrables, resultan en ella 18 letras, con *l, p, ph, x;* abundante vocalización, contactos de consonantes oclusiva o muda y continua o líquida *(kl, kr, ts, pr, phr)* y de unas y otras *(pht, phmr, tsph, krk, st, ns);* nada de vocales largas; duplicación de *n* y de sílabas seguidas *(nana, rere, dedi, rari),* etc. Igual disparidad tocante a las inscripciones de Lemnos y Etruria: en ellas faltan las oclusivas sonoras y entran sus aspiradas, más la *h;* son frecuentes los contactos de muda y líquida; hay finales en *l, ls* y *m; r* inicial, en Etruria; aquí mismo, carencia de *o,* y de *u* en Lemnos; abundan palabras cortas, etc. Puede creerse que, en el caso previsto de adaptarse la escritura egea a lo ibérico, se impusieron variaciones. Así, en lo externo la escritura minoica lineal se trazaba de izquierda a derecha, encarándose hacia atrás sus signos disimétricos, como en Egipto. La escritura semítica procede en sentido contrario, e igualmente el disco de Festos, lo chipriota, lo helénico primitivo, etrusco e itálico; por fin, también lo tartesio, con la particularidad de su desarrollo inicial en espirales, como va dicho y según lo repiten el tal disco y varias inscripciones de Italia [1].

Se aludió antes a que la escritura ibérica es una fase póstuma de la tartesia, y en rigor por ésta deberíamos comenzar el estudio, a no terciarse dificultades que han venido dejando la escritura del mediodía peninsular entre graves descarríos e incertidumbres aun no salvadas. En estos últimos años el plomo de Mogente, los platos de Abengibre y otras piezas menores aumentan mucho el

[1] Giulio Buonamici, *Epigrafia etrusca,* Firenze, 1932. — R. S. Conway, *The Prehellenic Inscriptions of Praesos.* — Idem, *The Praeitalic dialects of Italy,* London, 1933. — Cousin-Durbach, *Bas-relief de Lemnos,* 1886.

caudal de documentación tartesia, facilitando en cierto grado su estudio; pero sin aclarar apenas directamente la valoración de signos, que se mantiene conjetural sobre letreros monetales, demasiado escasos, y sobre cotejos con lo ibérico. La iremos exponiendo sin detenernos en una explanación analítica, comprobatoria de cómo el empleo de cada signo abre camino para interpretarlo fonéticamente, labor prolija que requiere calma y espacio, excesivos para un simple esbozo de la materia como éste.

Tampoco es caso ahora de remover las magníficas perspectivas de la civilización tartesia, reflejada en sus cúpulas sepulcrales, remedo de la *tholos* egea; en sus megalitos, origen del sistema dolménico septentrional; en su cerámica exquisita, en su orfebrería, en sus bronces; todo revelador de un estado cultural que la antigüedad clásica tradujo en fábulas y la erudición griega valoró con asombro [1]. Y entre sus recuerdos destácase aquel de remotísimas memorias escritas, con gramática, anales, poemas y leyes en verso, cuya antigüedad se reputaba milenaria [2].

Todo esto feneció, salvo su escritura; pero basta para acreditar la leyenda. Si hay testimonios de contactos seguros entre el Mediterráneo oriental y España en la Edad del cobre, escasean luego y llegan a faltar, sustituídos por otros continentales, tipo de Hallstatt, a los que no cupo otro papel que barbarizar lo antiguo. Hay, pues, que retrotraer a período anterior, hacia la mitad del segundo milenario a. C. acaso, nuestras comunicaciones marítimas más avanzadas, antes de llegar fenicios hacia el siglo XI. Y aquí surge otro problema, relativo al cuándo y cómo hizo su aparición acá la escritura tartesia. Tocante a cronología sus inscripciones nada enseñan; sólo una cuenta de esteatita verde, sacada de un dolmen salmantino, ofre-

[1] G.-M., *Arquitectura tartesia: la necrópoli de Antequera*, 1905.

[2] «Se los considera como los más sabios de los iberos; usan de los conocimientos gramaticales, tienen escritas memorias de los más viejos sucesos, poemas y leyes versificadas de seis mil años, según dicen.» Strab., III, 1, 6.

ce grabados unos trazos como letras, poco decisivos, aunque tampoco despreciables. Respecto del agente importador, queda incierto si sería el mismo pueblo de la cultura del cobre, la eneolítica andaluza, u otro sobrepuesto a él con características diversas, de las que pudieran ser testimonio muchos nombres geográficos y personales de la Andalucía baja, que se apartan de lo ibérico y también de lo fenicio-púnico, sin entronque notorio fuera de allí, quedando enigmática su procedencia [1].

Puede, conforme a ello, restringirse el área propiamente tartesia a las cuencas bajas del Guadiana y el Guadalquivir, quedando fuera la Andalucía alta, tierra de oretanos y bastitanos donde se localizó la cultura argárica en la primera Edad del bronce, y cuyas inscripciones, aunque redactadas en alfabeto tartesio, ofrecen comunidad léxica, según va dicho, con las de contestanos y edetanos, que usaban el alfabeto ibérico. Según esto, la frontera del Segura no marca sino el límite ascendente de la cultura andaluza y el descendente de la ibérica desde Sagunto. Si acierto en ello, cabe presumir que el alfabeto tartesio hubo ya de acomodarse al iberismo en la Bastitania, y que su lenguaje propio solamente habríamos de perseguirlo en la onomástica susodicha, en monedas obulconenses y en las inscripciones del Algarbe y Alcalá del Río, de incierta lectura, por desgracia. Hemos de resignarnos a plantear únicamente problema tan fundamental para nuestra historia.

Con menos riesgo, la estructura de la lengua ibérica puede reconocerse mediante tres tipos documentales: como texto, el plomo de Alcoy; en cuanto a nombres personales, el bronce de Ascoli sobre todo; para datos geográficos, las monedas y, salvando errores de transmisión, los autores clásicos. Concretando a lo esencial, observaremos que las sílabas se componen de una consonante oclusiva o

[1] G.-M., *Las lenguas hispánicas;* discurso, 1942. Reeditado, con alguna adición, en el *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología,* de Valladolid, VIII.

continua con su vocal o diptongo, y luego cerrándola con frecuencia, otra consonante precisamente continua; muy rara vez con *s* o *l* detrás. Otras sílabas constan de vocal seguida de continua y no más. En Alcoy aparecen anomalías en fin de palabra, con sílabas cuya última consonante es oclusiva *(gik, ok, lirg, bind, bask)*, coincidiendo con empezar por *b* la palabra siguiente, salvo una vez que es *s*. No hay finales en *l* ni en *m*; tampoco se da *r* en principio de palabra ni aun de sílaba, y esto rara vez se contradice en Ascoli. Falta *p* en Alcoy y escasea mucho en Ascoli; dos tipos de *s* en Alcoy; nunca *h* ni *x* ni consonante doblada. Por curiosa excepción, el letrero monetal *Ceesse,* doblemente anómalo.

La ausencia de letras muda y líquida seguidas es muy esencial en lo ibérico, de acuerdo con las lenguas semíticas y también con los dialectos vascos, lo que decidió probablemente la organización de su escritura, y ello a partir del silabismo, punto en que hemos de basarnos necesariamente. Según esto, llevando consigo una vocal toda letra muda, constituía unidad permanente con ella; por consecuencia, era apto aquí el sistema gráfico egeo, presuntamente silábico, y para cada articulación de las susodichas tuvieron tartesios e iberos un solo signo. En junto deberían ser treinta, o sea las cinco vocales adjuntas a las seis oclusivas, distribuídas en guturales, dentales y labiales, por mitad sonoras *(g, d, b)* y sordas *(k, t, p),* simple matiz éste, a veces incierto, y desde luego la *p* se desvanece, como en lo semítico y vascuence. Así pudieron reducirse a una mitad de signos, tanto en el silabario chipriota como en lo ibérico, resultando de quince a dieciseis tan sólo.

El renuncio silábico, disgregando vocales, verificóse con las letras continuas o líquidas, que a veces constituían sílaba, pero con más frecuencia resultaban complemento de la articulación oclusiva y sin vocal propia. Era, pues, necesario distinguir casos, y para ello se imponía separar consonantes y vocales, naciendo estas últimas con expresión de signos, ya existiesen o no así en el silabario mi-

noico. Esta innovación produjo un ahorro de signos, pues de mantenerse lo silábico para el grupo de las continuas, que eran seis *(l, r, n, m* y dos *s)*, exigíanse treinta signos, y otros para indicar la ausencia de vocal; en junto, unos setenta, o sea los reconocidos en lo minoico, aproximadamente. Atendiendo a ello resulta razonable la organización silábica restringida de la escritura ibérica; de modo que, si el semitismo sacrificó la vocalización, el iberismo, aun descuidando el matiz de las letras mudas, se acercó más a las soluciones de Ugarit y helénica, ya radicales y definitivas.

Ensayemos un análisis comparativo de signos: la vocal *a* mantiene normalidad casi absoluta desde el significado semítico de *alef* (buey) a sus aspectos gráficos fenicio, griego, tartesio e ibérico; aquí bajo A D; pero falla en lo más antiguo de Byblos, en lo chipriota y en lo egipcio. La *i*, *iod* (mano), ofrece concordancia de formas aun en Chipre y el Sinaí, al margen de lo egipcio, y su figura, desvanecida ya en lo helénico primitivo, ⲥ, persiste sólo desde Byblos a lo ibérico, ⲥ. La *e*, *he* (ventana), pasa de lo fenicio a lo griego, sin variación, ⲓ, y conforme casi con el ibérico ⲓ, por influjo griego, acaso, frente a lo tartesio, donde este signo es ⲓⲓ, según aparece en lo egeo. Acentúase más la discrepancia en nuestra *o*, que es ⲓ tartesio y ⲓⲓ ibérico, mientras prevalece de lo fenicio a lo helénico el O, *ain* (ojo); en cambio, el referido signo ibérico recuerda el *het* fenicio, así como la forma tartesia se explica por el *vau* (clavo), que es ⲓ, ⲓ. De ella se desvía el signo ibérico para *u*, *v*, que es ↑ ⲓ, repetido en lo egeo y análogo a la forma chipriota más moderna. En resumen, las vocales nada deben a los fonogramas egipcios; concierta lo nuestro con formas egeas y con lo primitivo chipriota, pero escasamente con su silabario posterior.

Las consonantes líquidas tienen buena correspondencia en lo fenicio y aun en el silabario chipriota, aparte su repetición en signos cretenses. Para la *l*, *lamed* (aguijón), el L fenicio se vuelve ⲓ en lo tartesio; pero en lo ibérico

esta forma alterna con ⅄, sin darse juntas en un mismo letrero, aunque usadas indistintamente; así no cabe establecer diferencia fonética entre ambos tipos, explicándose el segundo quizá por contaminación griega. La *r*, *resch* (cabeza), mantiénese igual en fenicio y tartesio, ⅃, pero adopta otra variación en lo ibérico, ⍝ ⍝, que parece justificada retrocediendo a lo egeo y chipriota. Coinciden ambas formas en un mismo texto, como si expresasen distinto matiz fonético, presumiéndose que sonaría fuerte la ⍝, aun en el caso frecuente de seguirla otra consonante y en fin de palabra, lo que va bien con la pronunciación vasca, según dicen. Como forma secundaria ibérica tenemos la O ◇, que se presta a confusiones, pero coincide con el mismo valor en el alfabeto líbico, y vendrá de su equivalente egipcio ⬭ (boca).

El plomo de Alcoy testifica el empleo de dos *s*, ⋚, ⋿, conforme a las letras fenicias *samec* (árbol), *sin* (diente); y aunque ello no se revele en transcripciones latinas, lo reconocemos bajo formas tartesias, perfectamente concordantes con lo fenicio, ⋿, ⋚, y asimismo en lo ibérico, aunque modificado el primer signo al modo griego, ⋚, ⋚, para hacerlo cursivo. Adviértase que las palabras con ⋿ en Alcoy resultan transcritas por ⋚ ibérica, como si aquel signo, inusitado fuera de allí, correspondiese al *xi* griego, lo que es notable. De seguro su pronunciación era diferente, aunque no alcancemos a definir cuál de ambas letras equivaldría a nuestra *s* apical típica.

La letra *n* no ofrece dificultad, concertando en su forma, ⋚, todos los alfabetos, aunque el nombre fenicio *nun* (pez) no valga para explicarla, y es interesante observar que en las monedas obulconenses tenga parecido este signo, ⅄, con el *ni* del silabario chipriota, ya reconocible en la escritura de Asine y concordante con lo egeo. Falta *m* en el plomo de Alcoy; se la reconoce en lo ibérico bajo la forma ⋚⋚, semejante al fenicio *men* (agua), significado que responde al signo fonético egipcio ⋚, en función de *n*; pero a éste y a la forma primitiva fenicia se acomoda mejor el tartesio ⋚.

Problema difícil suscitan los signos Y, ᚴ, V, exclusivamente ibéricos, girando, al parecer, entre *n* y *m*. Una moneda, la de *Oilaumes*, las abarca como variantes entre sí; en la de *Clouniocu* el Y corresponde a *n;* pero en inscripciones el ᚴ coincide con ellas, lo que hace pensar si sonarían *m*, y asimismo el T, que aparece en dos monedas tan sólo y con *n* también. Algo acredita la confusión entre ambos sonidos observar que la palabra *iunstir* de Alcoy se transcribe *iumstir* en ibérico, y que el monetal *Segisanos* corresponde a la Segisama de los geógrafos. Falta base comparativa para dichos signos en los otros alfabetos y aun en lo tartesio, como si hubiesen nacido por simplificación del ᛉ en el área ibérica; sin embargo hay un ᚴ en Creta, y es signo que desde Tera viene aplicado al *ypsilon*, sin ascendencia fenicia.

Queda la gran serie de consonantes mudas, a veces complicada en su correspondencia tartesia. En efecto, la labial *ba,* que es el | ibérico, falta en lo tartesio; a veces usurpa el sonido *ma* en nombres geográficos, y su forma resulta sin precedente conocido, a no ser el fonograma egipcio *pierna,* que vale por *b*. Otro signo ibérico, ᚱ ᚱ, representa la articulación *be,* en conexión de forma con el tartesio ᛯ, que a su vez casi se identifica con uno chipriota, que es *va*. El signo ᚴ ᚴ, que es *bi* siempre, coincide con el *pe* fenicio, y como tal *p* se corre a lo grecolatino sin variación. El ᛯ ᛯ, *bo,* existe casi igual en lo egeo, comparable en su variante ᛯ con el chipriota *mu*. Resulta poco usado, y también el □, casi homófono del anterior, como *bu,* que se acomoda al *bet* (casa) fenicio, explicable por su correspondiente egipcio, que suena *pr*.

El grupo de las dentales fácilmente se coordina con su parejo en Oriente. El *ta,* X, a veces + en lo tartesio, es *tsd* en Egipto; ᚦ, *ta* en Chipre, y suena *t* de lo fenicio y líbico a lo grecolatino. El signo ᛋ ᛋ, frecuente en lo ibérico y raro en lo tartesio, vale *ti*, salvo en *Iltirda,* por Ilerda, que será forma dulcificada por los romanos; no se da en lo fenicio, pero sí en lo egeo y chipriota, donde un signo análogo tiene valor de *te*, y asimismo concierta con el *t* líbico.

En tartesio e ibérico ⦶ ⟐ es *te,* de acuerdo con el *thet* fenicio; pero la forma exacta de éste, ⊕, se da en lo nuestro como representativa de *tu.* Resulta casi equivalente del otro signo ibérico, poco usado, ⊔, que será el ⋿ tartesio, *to.* Más uniforme el ⊿, que suena *du,* aun en *Ilduro,* por Iluro, es el *dalet* fenicio (puerta), que con su trazo complementario, ⟁, viene del fonograma egipcio *du,* y se repite en lo sinaítico y egeo.

Las guturales sólo se comprueban en parte. El ⅄ ⅄ ⅄, *ca,* simplemente ⅄ en lo tartesio, se corresponde así con el *ghimel* fenicio (camello) y con los *go* y *ga* chipriotas. El ⅁ ⅁ ⅁ ibérico se parece algo al primitivo *kaf* fenicio y vale por *ce,* o sea *ke;* pero en su forma tartesia, ⋿.⋿, resulta similar de la otra posterior fenicia, de un signo sinaítico y del *k* griego. El ⅄, que es *gi,* o sea *gui,* sólo con su travesaño complementario podría descender de otro egipcio, equivalente a *kn,* dato incertísimo, y tampoco es decisiva su coincidencia gráfica con signos minoicos. El ⅄, *co,* se presenta tendido, y a veces con trazo adicional, en lo tartesio, ⋿, e igualmente en Creta y Asine, acercándose al *cu* chipriota y más a una forma secundaria del *coph* fenicio. Sin trazo se repite entre las marcas egipcias; asimismo, en el alfabeto cario, con valor hipotético de *kh* o *q,* y recuérdese que su figura corresponde a la doble hacha minoica, sobre la que tanto se viene fantaseando. El ⊙ ⟐ valía *cu,* y cuando le falta el punto central podrá confundirse con una *r;* mas nunca hallo indicio para referirla al *ain* con valor de *o;* antes bien al *coph,* del que sale la *q* itálica.

Al margen de lo dicho queda por apurar el estudio tocante a la escritura tartesia. Nótese que el signo φ, en lo meridional, pocas veces admite la valoración por *r,* dados sus contactos con otras letras; en cambio es probable que se relacione con el *vau* fenicio, ⅄, sonando *u* o *v,* como similar del ⅄, desusado en el Algarbe y sustituído a veces por ⅄, mientras el sonido *o* parece expresarse con ⋿, variante del ⋿ ibérico. Este no ha de confundirse con el ⋿, en quivalencia de *to,* sustituído en ciertos casos por ⋿, signo que alguna vez corresponde a *s* y acarrea otra confu-

sión, porque a su variante ⋞ es necesario darle valor de *m* cuando se asocia a la forma ⋕, más definitiva. Otro problema acarrea el ⋊, muy frecuente, pero nunca en condiciones de poderse valorar, y es el escollo mayor con que tropezamos. Arriba se expuso como verosímil su equivalencia con ⋔, que es *be* en lo ibérico y no se da en lo meridional, sin que obste que alguna vez aparezca ⋀ correspondiendo al mismo sonido; pero también allá abajo falta el |, que es *ba,* deficiencia mal explicable. Menos arriesgado parece asimilar un ⋗, en el Algarbe, al ⋖ ibérico, en vez de ⋊, o sea *ce;* ydesde luego los ⋀, ⋁ se permutan, aclarando que son *du,* y queda tal cual signo más, empleado una sola vez y de incierta lectura. Siempre no se olvide que para lo tartesio se impone una máxima cautela, dado el empirismo que aun envuelve sus transcripciones.

Falta hacernos cargo de ciertas anomalías, que acreditan el empleo de la escritura ibérica para lenguas diversas de lo ibero-tartesio, y nos vale para afianzar su fonética. En efecto, monedas e inscripciones con tales caracteres corresponden a la meseta central de nuestra península y especialmente al territorio celtibérico, donde se hablaba una lengua de tipo europeo, bien reconocible ya por otros textos con letra latina [1]. Sin detenernos en su examen baste advertir que, dándose en ella contactos de consonantes muda y líquida, hubo de repetirse lo que luego bajo el arabismo, cuando en vez de Granata decían y escribían Garnata, y aquello nuestro de Ingalaterra, corónica. Regístranse monedas con Aregoradas (hoy Arguedas), Coloumiocu (Clunia), Contebagon (Contrebia), Segobirices (Segóbriga), Conbeutu (Complutum). Mas aún: hay una tesera, descubierta en Sasamón, antigua Segisama, ciudad entre cántabros y vácceos al poniente de la Celtiberia, en la que resulta desvirtuado el silabismo, al dotarse las letras mudas de vocal adjunta, que es, precisamente, la suya propia; así, el signo △ lleva *u;* el ⋎ lleva *i,* y el ⋇ lleva *o,* leyéndose *aleduures — iroregiios nomiduugoos menaios.* Lo

[1] G.-M., *Las lenguas hispánicas.*

mismo, un tiesto pintado de Numancia, donde se lee: *lurmigoo goorimduu.* También una estela de Clunia consigna como nombre personal *Caabaarimos,* con el Λ y el | seguidos de *a,* que es dato precioso, viniendo todo a confirmar nuestra teoría en vez de contrariarla, dado que las excepciones surgen donde el alfabeto ibérico no respondía bien para lenguas extrañas.

En el área tartesia se repiten ejemplos de cuentas adjuntas a la escritura, ya en plomos, ya en un cuenco de plata que llevará consignado su peso, y es siempre mediante rayas verticales en serie, precedidas de siglas o palabras determinantes del concepto numérico, si bien no alcancemos a desentrañarlo. Más complicado, el plomo de Mogente B, que parece ser un registro de ventas, agrega a cada palabra un signo especial y grupos de puntos. Otro aspecto se ofrece en el área ibérica, donde el plomo de Alcoy incluye estas cifras: ΣΣΣX<, como numerales, coincidiendo con una estela inédita, encabezada con un grupo similar, así: V≤<IIII; pero de sus valores nada sabemos.

Por último, anejos a las letras suele haber ciertos rasgos que probablemente las afectan. En el plomo de Alcoy son unos ápices, como *i* suspendida, tras de la *r*, casi siempre en fin de palabra y ante consonante, pero también hay un *bir'nar*, y en un tiesto alicantino, que ahora llega a mi noticia, léese *ninar'en,* esgrafiado, concertando con otro en letra ibérica, de Tornabous, que dice *ninar.* En el plomo de Mogente se repite algo así, afecto a varias letras (Ρ, Θ, ϟ, ϟ, ϟ); además, las formas Δ, ⋈, ⊥, M, etc., en él y en otros textos, no sabemos si representan modificación de sonido respecto a cuando no llevan ápice. Desde luego entre ≤ y < no la hay, como acredita el numario de *Cese.*

Téngase en cuenta que el acopio de signos arriba intercalados no comprende sino formas capitales de entre sus variantes; pero casi todas se enfilan en el cuadro adjunto. Y sobre éste es de advertir que, procediendo en sentido contrario la escritura ibérica respecto de las tarte-

minoico	egipcio-egeo (marcas)	tartesio	ibérico		fenicio
				a	
				e	
				i	
				o	
				u v	
				l	
				r	
				r	
				m	
				n	
				s	
				ṣ	
				ba	
				b'e	
				bi	
				bo	
				bu	
				da	t
				te	
				ti,di	
				to	
				du	d
				tu	th
				ca	
				ce	k
				gi	z
				go,co	q
				cu	

sia y fenicia, los signos disimétricos han de considerarse invertidos también de unas a otras, y de acuerdo los cretenses con los ibéricos, por aquello de encararse hacia atrás, como ya se dijo. Nótese que, si en lo tartesio la dirección de los trazos laterales obedece al sentido de la escritura, en lo ibérico es ello indiferente, salvo para el ᐅ, que es *a*, y el ᐊ, que es *r*.

MANUEL GÓMEZ-MORENO.